

terior la ira que sentía en lo más íntimo de mi ser; no podía confesar á mi invitado que me sentía mortificada. Apenas hubo salido Peggy, declaré con un signo á Jarber de que estaba dispuesta á escuchar su relato.

Este abrió el manuscrito y me leyó lo siguiente:



## CAPÍTULO IV

### I

**L**A calle estrecha y solitaria presentaba á las miradas del transeunte un aspecto lúgubre y severo. La lluvia caía sobre el suelo resbaladizo y el farol de llama vacilante aumentaba el horror de las tinieblas.

En la casa, al amor de la lumbre, junto á un hogar casi apagado, escuchando los silbidos del viento en las encrucijadas, Berta sentía en el fondo del alma un estremecimiento más frío que el invierno, porque su estrella, infeliz criatura, la abandonaba ya.

Había conservado todo su valor y toda la firmeza de su voz para desear á su hermano un bien viaje. Pero, sola en su casa, exhalaba su congoja en quejas

1) En verso en el original.

y suspiros: gemía y lloraba sin consuelo.

Por deber, por honor, su hermano debía haberla protegido; pero, ¿por qué se marcha? ¿por qué la deja? Sola de aquí en adelante, la pobre muchacha vuelve en sí y se dice:—Soy una insensata. Solo hay felicidad cumplida en la otra vida.

Pensaba en su juventud sacrificada en bien del huérfano; había prometido guiarle y ayudarle. Ni un día le había faltado su solicitud; ella le infundía valor en todas ocasiones.

¿No le había calmado muchas veces las demasías locas? ¿No le había hecho volver con frecuencia al amoroso hogar? ¿No había puesto todas sus esperanzas en él, no había sacrificado por él todo su porvenir? ¿Pues por qué huía lejos de su hermana?

En el jardín, cada planta, las hojas, el césped, las flores, el agua de la fuente cristalina, los macizos de fresco verdor no habían cambiado... Y se sentía desfallecer de emoción sólo al pensar que algún día volvería.

Desde hacía mucho tiempo su hermano al entrar en casa tenía el aire distraído. Berta parecía extranjera á los ojos del hermano que ella prefería á todas las cosas de este mundo. Entonces se creía en el deber de decirle:

«Ven, debo reprenderte. ¿No me quieres ya? Te he dado en este mundo cuanto tuve. ¿Falta algo para satisfacer? Ea, dímelo, ¿qué quieres?» Con qué palabra mortificante ha herido Herberto su corazón? Berta llora, se lamenta; el hermano se ha mostrado ingrato con su hermana.

¿De modo que es verdad que Herberto ha entregado á otra su corazón? El sueño ha terminado... ¡Berta, valor! Ello había de acontecer algún día. «Por qué destino fatal mi hermano olvida de esta suerte que yo á él sólo me he consagrado y que por él he sufrido eternamente?»

En su memoria surge un recuerdo... Allí, en un país lejano un hombre bueno, amable, le había ofrecido un hogar, un amor fiel y ferviente. Berta hubiera encontrado felicidad, riqueza, alegría y salud... La buena hermana rehusó por exceso de delicadeza... Tuvo escrúpulo de abandonar á su hermano.

¿No había prometido á su madre consagrarle á él toda la vida? Y este juramento, triste fatalidad, lo cumple aún hoy, en el instante en que Herberto la abandona indiferentemente sin recordar que en la tierra á nadie debe bendecir con tanto fervor como á Berta.

«¿De qué me sirvió sacrificar á ciegas mi porvenir, mostrarme rebelde á cualquier otro sentimiento? El Señor me ha

bía puesto en la tierra para ganar mi parte de cielo, para ser esposa y madre de unos niños sanos y gozosos.

»¡Oh! ¡cuán largo se me hace el tiempo desde que Herberto se ha ido! ¡Qué será un año si los días me parecen siglos! ¿La voluntad del Señor quiere ponerme á prueba? ¿Soy quizá yo misma la causa de todo mi mal?»

Ya clarea el nuevo día; la borrasca se disipa. ¡Huya la tristeza! Ha llegado un mensaje que Berta lee sonriendo: «Adiós, lágrimas, adiós gemidos! ya torna; Dios me lo devuelve. Ah! hermano mío, tu dulce abrazo va á calmar mi corazón lleno de congoja.»

Berta atiza la llama del hogar, la lluvia ha cesado... Al entrar Herberto, la abraza é implora el olvido de sus faltas... Berta le estrecha entre sus brazos; sus labios se apoyan dulcemente en la frente de su hermano...

Su madre les miraba desde lo alto del cielo.

## II

En el taller desierto la tela reposa en el caballete; á su alrededor véense esparcidos los pinceles, todo denota la ausencia del artista.

Por el postigo de la ventana un rayo de sol se insinúa tímido y tembloroso,

como si quisiera huir, como si tuviera miedo de la calma mortal que reinaba en el taller desierto.

Berta sufre y presta oído atento; retiene la respiración temiendo que Dora vaya pronto á despertarse. La mujer de su caro hermano ha tomado á la cabecera del lecho del enfermo el sitio acostumbrado, el sitio que en tanto aprecio tuvo la hermana.

¿Por qué permanecer fuera de la pequeña alcoba donde reposa Herberto sobre su lecho de dolor?... No se atreve á ir, por más que lllore en el fondo de su corazón.

«¿No atreverse? ¡Qué locura! ¡Tal es el sitio de una hermana...! ¡Corre! Quizás su débil voz intenta en vano gritar: ¡Socorro!»

Esta es la cruel vacilación que Berta experimentó desde el instante que Herberto compareció una tarde á la casa paterna con el rostro radiante de gozo, llevando á su lado á una mujer amable á quien adoraba con pasión. Pero Berta, celosa implacable, quería reinar en el hogar.

Durante las últimas fiestas de Navidad, al volver con Dora, Herberto comprendió de mil maneras que Berta sufría... Lamentó la fatal ceguera de la que tanto amaba: era su hermana. Con una sonrisa indefinible, tomó las manos

de su hermana, las estrechó entre las suyas y le dijo:

«Admiro los secretos designios del Señor. Sí, Él es quien te recompensa; nosotros te rodearemos de solícitos cuidados; así te devolveré los que me diste cuando yo era niño guiándome por las sendas del bien.»

Estas palabras tardías, aunque llenas de ternura, no apaciguaron su rencor. El fuego ardía aún bajo la ceniza. Berta sentía celos de los recién casados; su boca enmudeció; y no obstante Berta se dijo que su hermano satisfacía su deuda y que ella debía de obedecer á malos instintos.

Herberto estaba desolado; su mujer lamentaba asimismo la desgracia de haber roto la dorada madeja de la vida de su hermano. En vano se esforzaban en demostrar á Berta con sus actos y con sus palabras la mayor ternura y afección; apenas recibían una palabra de agradecimiento en pago de su pródiga solicitud. Los tres eran desgraciados.

¡Adiós, charla regocijada á la caída de la tarde en torno á la llama del hogar! ¡Adiós, dulce divagar de la imaginación mecida por sueños de felicidad!

La ilusión de un porvenir lleno de esperanzas, ya no animaba al artista mostrándole allá, en la dorada cima, la

corona que viene á ceñir un día las sienes del genio!

A pesar de todos los obstáculos la fatalidad arrastra á los hombres. Dora se creyó en el deber de romper poco á poco y sin turbación la cadena que era el tormento de Herberto. Comprendió Berta que su presencia era molesta y perturbaba la felicidad de ambos esposos, y que quizás permaneciendo lejos le amarían más que teniéndole á su lado.

Se resignó: su único temor era el de que Herberto olvidase su arte y que su mano fuese herida de impotencia. ¡Ay! la tez pálida, los ojos turbios, un día entró Herberto enfermo en su casa. . Agoniza; Dora, junto á su lecho, llora desconsolada; lejos de él, Berta sabe sufrir.

Lo que más le desconsuela es ver que Herberto no piensa, al morir, en su hermana; porque todo le parece indiferente fuera de Dora.—¡Cómo! ¿no acudirá á su memoria la oración que de niño rezaba á la vera de su madre, de rodillas, con acento piadoso?

Al fin él la llama y murmura á su oído algunas palabras. Berta le comprende á través de sus sollozos y le jura cumplir lo que él le encomienda. Herberto, en su hora suprema acaba de suplicar á su hermana que sienta hacia

la mujer que él ama el mismo afecto, el mismo amor que tuvo para él.

Expira, y la infortunada enjuga sus lágrimas para consolar á la pobre viuda abandonada:

«—No debes llorar sin remisión—le dice;—ten confianza; para hacernos la vida, llevadera, á cada nueva aflicción Dios dispensa un nuevo consuelo».

### III

En la casa muda y sombría, deslizándose de sala en sala, se ve á una sombra vagar solitaria al atardecer. En cada puerta se para un momento, intentando evocar tristes recuerdos, días de sol, risas de infancia que la hacen sonreír ó temblar.

Siempre que la mirada se pierde lejos, muy lejos, hacia el horizonte del porvenir, ansiosa de presentir la hora bendita que repara el sufrimiento y nos vuelve la salud del alma, se sufre menos que cuando se piensa en las aflicciones pasadas. En este mundo la existencia no es más que un engaño que acaba con la muerte.

La sombra avanza: examina cada rincón, cada objeto; se para absorta delante del hogar, mira melancólica hacia la ventana, baja lentamente las gradas de la escalera. Desde la muerte

del joven artista ha pasado un año. El día de Navidad ha vuelto; Berta se ape-sadumbra y dirige sus ojos al cielo.

Ha consagrado á la pobre viuda toda la solicitud de su corazón y más de una vez ha dado pruebas de su respeto al juramento.

Pero aun es mayor el sacrificio que se va á imponer. ¿Quién lo creyera? Aquél á quien había amado, vuelve, y su mal se acrecienta.

En la primavera, como traída por la brisa, se extendió un día la noticia de que Leonardo volvía á su prometida con el corazón lleno de amor.

¿Qué ha experimentado Berta, dicha, esperanza, pena ó temor? ¿Quién lo sabe? Berta se siente desfallecer y rompe en amargo llanto.

Leonardo desembarca, acude á la casa, pide á Berta que le cuente los detalles de su fatal desgracia: hace un caluroso elogio del amigo tan caro á su corazón. Al día siguiente vuelve de nuevo: la consuela con palabras de ternura y la hace entrever, ¡oh, dulce ilusión! la esperanza de una felicidad perfecta.

Y sin embargo, Berta mira á Dora, cual intentando compartir con ella su alegría, y temiendo al mismo tiempo afi-girla con la sonrisa de felicidad que se escapa de sus labios. Pero la viuda á su

vez se entrega á sueños inesperados. Renace y se siente vivir; sus facciones se transfiguran.

Los días pasan; el estío dora las mieses y un sol brillante inunda de vida y alegría el campo y la ciudad. Junio fenecer y nace Julio. Renace la alegría en la casa, donde Leonardo dispensa á ambas la más exquisita amabilidad.

Una tarde, más temprano que de costumbre, estando Berta en su cuarto, creyó aspirar el aroma del ramo de flores que Leonardo trae galantemente cada día á las dos hermanas. Estos perfumes penetrantes llegan al fondo de su corazón..

Sale precipitada y atraviesa la casa con paso ligero.

Sí, era él. Berta se detiene junto á una puerta: temblaba todo su cuerpo; oía hablar á la otra parte... y colocó suavemente la cabeza contra la pared... Era su voz... hablaba en voz baja á Dora y sus palabras eran las que inspira á un amante la pasión por el ser adorado.

Leonardo le decía:—«¡No! su hermana no podrá echarnos en cara el amor que nos une y que yo quiero legítimar. Comprenderá lo sagrado de mis sentimientos. ¡Para usted sola, Dora, será mi corazón! Muera al instante si mintiere».

—«Pero me han dicho—replicaba ella—que mi hermana en otro tiempo...

—¡Silencio! Berta no sabe amar; rehusó despiadadamente mi mano; hubiera pasado á sus pies inútilmente mi vida entera; despreció mis llantos y mis súplicas. Jamás supe lo que en mí le causó desplacer.

Al oír estas palabras, Berta, conmovida, adivinó la fatalidad. El pasado apareció horrible á sus ojos y aceptó el presente con resignación. Tal acaece al peregrino que distingue, sin haberlo presentado, un abismo en su camino, dispuesto á devorarlo.

Caía la noche triste y sombría, las estrellas temblaban entre las sombras, los faroles de la ciudad se encendían poco á poco. Leonardo y Dora gozaron en libertad de una dicha completa; pero al fin se dijeron:—Tarda Berta mucho en llegar.

Hela aquí; tranquila y serena, anima á los enamorados á hablar sin miedo. Nadie hubiera podido notar en su rostro la menor señal de aflicción. Sin enfurecerse contra la viuda olvidadiza, sin deslizar la menor alusión á los juramentos de Leonardo, aprobó con aire de alegría sus amores.

Ni uno ni otro oyeron sus gemidos, cuando de rodillas, juntando las manos trémulas, dijo:—«Yo les perdono. Yo me quedo contigo, Herberto. Bendita sea la voluntad de Dios, porque pronto

me reuniré contigo en la mansión celestial».

Cuando volvió Navidad se vió á los tres rezar juntos, de rodillas, en una iglesia; y la hermana, resignada á su suerte, sonrió y bendijo á los novios. La misma tarde, al anochecer, Berta salió de la casa para seguir un camino desconocido.

La desesperación... no, la esperanza de entregar pronto el alma á Dios y de ver el fin de sus penas, la llevan á un santuario. Pronto la más pura felicidad fulgura en sus ojos. Se siente íntimamente unida á Cristo, quien le perdona porque ha amado mucho sobre la tierra».

\* \* \*

Aplaudí calurosamente la inspiración de este pequeño poema, y dí las gracias á Jarber por habérmelo leído. Sin embargo, me fué imposible convencerme de que esta historia diese la menor explicación de las causas porque la mansión objeto de mis preocupaciones, estaba siempre desalquilada.

¿Sería por la ausencia de Trottle, cuyas observaciones cuando estaba presente, daban interés á la conversación? ¿Sería por fatiga ó cansancio? No sabría decirlo; lo cierto es que Jarber no me produjo el efecto que esperaba;

me pareció aquella tarde haber perdido su natural talento.

En vano me declaró que el fracaso de sus investigaciones no le impediría continuarlas y que iba á multiplicarse materialmente para hacer nuevos descubrimientos. Con el mayor sentimiento observé que me hablaba con cierto dejo de indolencia, como si pareciera pensar en otra cosa.

Jarber no tardó en marcharse, aunque fuera todavía muy temprano.

Cuando Trottle estuvo de vuelta y después de haberme permitido reprendarle por su inesperada ausencia, no solamente se defendió con cierta indignación, sino que aún me declaró haberse tomado la libertad de salir exclusivamente para mi servicio; y es más, me pidió audazmente una licencia de dos días y medio, para ocuparse en un asunto que declaró afectarme y ser de sumo interés para mí.

En consideración á sus grandes servicios, me creí en el deber de acceder á su súplica y le permití que me abandonara por el tiempo indicado.

En pago á mi condescendencia, Trottle me prometió darme una franca explicación de todo lo que deseaba saber respecto á la casa misteriosa, en el término de una semana, es decir, el lunes 20 del mes.

Dos días antes del plazo convenido, envié un recado á mi antiguo amigo Jarber, invitándole á que viniera á tomar el té en mi casa.

La patrona de la casa en que vivía Jarber me dirigió una carta llena de excusas, que me hizo poner los cabellos de punta.

El infortunado padecía una fiebre espantosa, y en su delirio hablaba del matrimonio de Manchester, de aventuras fantásticas, de un enano, de tres tardes, ó con más frecuencia, «de tres citas», según decía su patrona; y todo ello pasaba en una casa abandonada, en la cual no había una gota de agua, porque no la pagaban.

Estas desagradables noticias me obligaron á contentarme con la compañía de Trottle, quien cumplió su palabra leyéndome, á ejemplo de mi amigo Jarber, unas cuartillas manuscritas, con la única diferencia de que mi criado, se había contentado con escribir, por único título, esta sencilla palabra: «Informe», sin la menor pretensión.



## CAPÍTULO V

### INFORME DE MI CRIADO



JAMÁS, según todas las probabilidades, habrían acaecido los extraños sucesos que han de consignarse en esta relación, si un individuo llamado Trottle no hubiese pensado, contrariamente á su costumbre, en ocuparse de sus propios asuntos.

El hecho sobre el cual éste personaje quiso, por primera vez en su vida, formarse una opinión completamente personal, interesaba vivamente á su señora y aun afirmaré que le daba algún cuidado.

En una palabra, se trataba del misterio de la casa abandonada, que estaba frente á la casa de la señora.

El criado de la señora Sofonisba, no

viendo nada criticable en convertir en triunfo personal la derrota de Mr. Jarber, resolvió cierto lunes por la tarde, volar con sus propias alas y descubrir al fin la clave del enigma inexplicable.

Su primer cuidado fué alejar de la mente todas las fantásticas narraciones de los anteriores habitantes de la casa en cuestión; y reservándose un móvil único, el de llegar al descubrimiento definitivo, se fué derecho á la casa y se colocó ante la puerta para ver cara á cara á la primera persona que la abriría.

Era el lunes, 13 del mes, por la tarde; empezaba á oscurecer en el momento en que Trottle fué á colocarse en las gradas de la escalera; ignoraba completamente los más vagos detalles del asunto de que se iba á ocupar. Todo cuanto sabía era ser el propietario un señor anciano, viudo, que poseía una gran fortuna y se llamaba Forley.

A pesar de todo, el dato constituía un punto de partida suficiente.

Cuando Trottle dejó caer el picaporte tuvo la precaución de mirar á derecha é izquierda y de poner los ojos en la ventana de la cocina para enterarse de si alguien le miraba por ella.

Al poco rato, un rostro de anciana

apareció entre los postigos: examinó rápidamente al individuo que permanecía de pie sobre el rellano, desapareció y volvió de nuevo, teniendo en la mano una carta abierta que puso ante la luz de una lámpara vacilante.

Examinó la carta, recorriendo con la vista la vista las líneas y desapareció otra vez.

Un momento después Trottle oyó un ruido de pasos que hacían crujir el pavimento del vestíbulo desierto. Luego el ruido cesó, y percibió dos voces que hablaban alternadamente como si una de ellas quisiera persuadir á la otra que refunfuñaba.

Esta conversación tocó á su término. Momentos después oyó el caer de una cadena, el réchinar de una aldaba; la puerta se abrió, y Trottle se encontró en presencia de dos personas: una anciana y un hombre que permanecía detrás de ella, apoyado contra el muro como si quisiera pasar inadvertido.

—Buenas noches, señor—dijo la mujer con voz tan ronea que angustiaba oírlo. —¿Qué frío más horrible, verdad? Haga usted el favor de entrar. ¿Viene usted de parte de Mr. Forley, no es eso?

—De parte de Mr. Forley, ¿no es así? —repitió el hombre con tono brusco que parecía eco fiel de sus sentimientos.

Si Trottle hubiese cometido la estupi-

dez de responder negativamente, sin duda le hubieran dado con la puerta en las narices. Pero tuvo el buen acierto de comprender la situación y atreverse con el riesgo, en caso que lo hubiera, y decir:

—Si tal.

—Muy bien—añadió la buena mujer.

—Mr. Forley nos ha escrito que uno de sus más queridos amigos vendría á vernos en su lugar y se presentaría al anochecer el lunes 13 y si no le fuese posible, el lunes 20 sin falta. Estamos en el 13. Usted llega, usted debe de ser el querido amigo de Mr. Forley, vestido de negro, como él dijo. Haga usted el favor de entrar en el comedor. ¡Oh! está muy decente y siempre preparado para recibir á Mr. Forley cuando se presenta. Vamos, entre usted, voy á traer una lámpara. Está tan oscuro que no se vé nada; pero no tema usted, no hay el menor obstáculo. Y, ¿cómo sigue mister Forley, nuestro buen Mr. Forley? Suponemos que goza de buena salud, no es así, Benjamín? ¡Oh! sentimos mucho no poder verle hoy como otras veces, no es así, Benjamín? Dispénsese usted si le hago esperar medio minuto; voy á buscar una luz. Ea, sígueme, Benjamín.

Estas palabras: «sígueme, Benjamín», encontraron un eco que las repitió y

este eco rió como queriendo hacer un donaire.

Trottle, cuando se vió sólo en el recibidor desierto, se preguntó interiormente cual iba á ser el resultado probable de su atrevimiento. Pero antes de que tuviera tiempo de contestarse á sí mismo, oyó un rumor de pasos que bajaban á la cocina.

La puerta había sido cerrada y encadenada de nuevo apenas Trottle entró; no podía, sin exponerse á despertar sospechas y á hacer ruido, intentar abrirla para escapar.

Por fortuna, no se parecía en nada á Mr. Jarber, y no le espantó la situación en que se hallaba. Empleó todo el rato que le dejaron solo en grabar intensamente en su memoria los detalles de que el azar le había enterado hasta entonces. Sabía ya que Mr. Forley tenía la costumbre de venir regularmente á la casa. En segundo lugar, había descubierto que Mr. Forley, á quien su indisposición vedaba ir en persona á visitar la gente que cuidaba de la casa, había encomendado la visita á un amigo suyo, dejándole en libertad de escoger entre uno ú otro lunes, de lo cual había dado cuenta á los habitantes de ella. Pues bien, él, Trottle, había ido allá por casualidad, el primer lunes,

para empezar sus investigaciones. Y finalmente, en cuarto lugar, había tenido la suerte de que el vestido que llevaba, vestido negro como el de todo criado que no va de librea, fuese igual al del mensajero anunciado, lo cual había contribuido á hacer más fácil el engaño.

Hasta entonces, pues, todo iba viento en popa.

Pero ¿quién erá el amigo de M. Forley y que iba á hacer allí? ¿Cuál era su misión? ¿Por qué no iba en persona—y cuenta que de un momento á otro podía llegar aquella tarde—á llamar á la puerta de la casa?

Mientras Trottle planteaba en su interior estas cuestiones, oyó los pasos de la vieja y de su compañero que se acercaban por la escalera.

Ambos venían apresuradamente; precedíalos la claridad que despedía una vela.

Sintió alguna intranquilidad al ver que volvía la patrona: porque dada la escasa luz crepuscular, le había sido imposible distinguir la fisonomía de esta lo mismo que la de su compañero.

Por fin la vieja compareció, seguida del individuo á quien llamaba Benjamín. Lo primero que hizo fué dejar la luz sobre la chimenea.

Esta mujer le pareció á Trottle á pri-

mer golpe de vista una buena persona: en cuanto al físico, era terriblemente flaca y sus huesos parecían traspasar la piel por cualquier lado que se la mirase, tanto por la nariz y los ojos como por la frente y la barba.

Además la vieja sonreía siempre, se movía como una ardilla y charlaba sin descanso.

Con la cabeza cubierta de postizos y rematada por una toca marchita, aquella vieja, de uñas retorcidas, de aspecto sordido, cuyas piernas entorpecidas por los años ocultaban aún cierto resorte que las hacía mover, pareció á Trottle un ejemplar de tiempos remotos á quien hubiera debido remojarse como á un mendrugo pasado para hacerla volver en sí; á decir verdad, no había derecho, en pleno siglo diecinueve, para confiar una casa cristiana á semejante bruja.

—Excuse usted, señor, á mi hijo Benjamín; permita usted que le perdone—dijo designando la sombra escuálida del hombre que permanecía tras ella, apoyado contra la pared desnuda del comedor.—Mi pobre Benjamín está enfermo de un mal interior. En vez de ir á acostarse, me sigue por toda la casa, arriba y abajo de las escaleras, hasta la habitación de la señora. El desgraciado sufre una enfermedad del estómago.

¡Pobrecillo! esto le agría el carácter. Por otra parte, ya usted lo sabe, nada peor que una afección del estómago; una dolencia así acaba con un gigante, ¿no es verdad?

—¿No es verdad?—repitió como un eco el llamado Benjamín, con voz doliente y parpadeando ante la claridad de la vela, como un buho.

Mientras la madre hablaba de esta suerte de su hijo, Trottle había examinado á éste con la mayor curiosidad. Benjamín era un individuo alto y delgado, cubierto desde los hombros hasta los pies por una levita grasienta y remendada, cuyos faldones caían sobre unos pantuflos agujereados. Tenía los ojos irritados, la tez pálida y los labios rojos. Su respiración era tan fuerte que parecía más bien un ronquido sonoro. Era curioso ver balancear su cabeza, como la de una alma en pena, encima del cuello desmesuradamente ancho de la levita, mientras sus manos descarnadas y lacias parecían buscar una botella imaginaria.

En estilo vulgar, «mi hijo Benjamín» estaba borracho de la manera más abyecta, y en estado completo de embriecimiento.

El descubrimiento no fué difícil y Trottle no tuvo necesidad de mirar dos veces al personaje para adquirir su con-

vicción. Sin embargo le era imposible apartar los ojos de aquella cabeza vacilante metida en un cuello desproporcionado y se puso á examinarla con una curiosidad irresistible é involuntaria.

¿Había en aquella fisonomía algo que le era familiar y conocido?

Apartó un momento los ojos para convencerse de lo contrario, pero de nuevo dejó caer su mirada sobre la extraña criatura.

Este segundo examen le bastó para convencerse de una manera definitiva de que su memoria no le engañaba. En efecto, Trottle había visto en alguna parte una cara de la cual era copia el rostro de aquel pobre diablo; pero ¿dónde?

—¿Dónde—se preguntaba Trottle—he visto yo por última vez á la persona cuya fisonomía me recuerda la de Benjamín?

Pero sintiéndose bajo la mirada inquisidora de la anciana que no le perdía de vista y no cesaba de hacer funcionar la lengua, carecía de tiempo para evocar en su memoria los recuerdos lejanos, ocultos en alguno de los más hondos pajaros de su cerebro.

Trottle se resignó pues, esperando volver á sus pensamientos cuando tuviese tiempo y ocasión y estuvo sobre sí

á fin de no comprometerse en la difícil situación en que se encontraba.

—¿Quiere usted bajar á la cocina? vamos, dígalo usted—exclamó la vieja bruja dirigiéndose á Trottle con la misma familiaridad que si hubiera sido su propia madre.—Hay todavía un poco de fuego en el hogar y la aguadera no huele tan mal como ordinariamente. ¡Uf! qué frío más horrible siente aquí una persona como yo que no tenga más que la piel y los huesos. Pero se ve que usted no sufre la menor incomodidad en medio de las inclemencias. ¡Ah! esto es una dicha. Además, el asunto que le trae á usted aquí no vale verdaderamente la pena de que nos incomodemos usted y yo en bajar á la cocina. No se trata más que de un juego. ¡Dar y tomar, no es más que eso, Dios mío! Dar y tomar.

Al pronunciar estas palabras, la vieja lanzó una mirada en dirección al bolsillo del chaleco del buen Trottle. Luego, á ejemplo de su hijo Benjamin, hizo chasquear los dedos y con la mano derecha dió unas cuantas palmadas con la mano izquierda.

Como si quisiera corroborar estas palabras incomprensibles, Benjamin, que notó el gesto de su madre, se puso á murmurar y á imitar sus gestos.

Luego, habiéndole pasado por las mentes una idea extravagante, la ex-

presó acto seguido como si hubiera de ser útil á Trottle.

—¡Eh! ¡buen hombre!—exclamó apoyándose contra la pared y mirando á su madre con ojos maliciosos—vaya usted con cuidado, sino la vieja le va á desplumar.

Esta advertencia bastó á Trottle para comprender qué conducta había de seguir. Se trataba sencillamente de dar dinero, que tomarían de muy buena gana.

La singular ocurrencia de Benjamin, en cuanto reflexionó sobre ella, le causó alguna alarma, turbó un poco su presencia de espíritu. Él hubiera dado... todo cuanto hubiese podido para hallarse de nuevo fuera de la casa, sobre las losas de la calle.

Mientras estaba reflexionando los medios de salvar su dinero, un ruido que provenía de lo alto de la casa vino á interrumpir el silencio que reinaba en el comedor.

Este ruido no era sonoro; muy al contrario, era un vago rumor; parecía que alguien rascara las paredes y era el ruido tan poco perceptible, que hubiera sido difícil oírlo en cualquier otra casa que no estuviera vacía y destarlada como aquella.

—¿Oyes, Benjamin?—dijo entonces la vieja;—está todavía trabajando, á oscu-

ras y todo. ¡Pero calle! ¿Quizá le gustaría verle?—añadió volviéndose hacia Trottle y acercando su cara arrugada á la suya.—Vamos, decídase usted; si lo desea, dígalo con entera libertad; conduciré al amigo íntimo de Mr. Forley allá arriba con la misma deferencia con que le llevara á él mismo. Si las piernas de Benjamín no están firmes, las mías lo están. Cada día me siento más joven, más alegre y más valiente. Así que no ponga usted reparos en hacerme subir, si es que usted tiene el menor deseo de verle.

—¿Verle?—se preguntó asimismo Trottle quien no sabía qué pensar de este asunto.

«Le» se refería á un hombre, á un niño ó bien quizás á un animal doméstico macho.

Cualquiera que fuese la significación de este «le», era forzoso decidirse á fin de librarse de la precisión de dar dinero á la vieja.—Al fin y al cabo—dijo para su capote—se me presenta un medio para descubrir uno de los secretos de la casa misteriosa.

Trottle estaba ya decidido. Respondió, pues afirmativamente, sin vacilar, como lo hubiera hecho un hombre con plena conciencia de su fuerza.

La madre de Benjamín tomó de nuevo la vela y abrió la marcha iluminando

los pasos de Trottle, quien le seguía con precaución en la semiobscuridad.

En cuanto á Benjamín, le dejaron abandonado en medio de la escalera. Intentó inutilmente asirse á la baranda; pero la indisposición que sufría le impidió continuar su ascensión. Se contentó con sentarse en uno de los escalones y apoyó su cabeza en la pared, dejando arrastrar por el polvo los faldones de la levita, como si se tratara de un vestido de corte desplegado sobre muelles tapices.

—No te sientes aquí, hijo mío—dijo la vieja con voz afectuosa, mientras se paraba un momento para despabilar la vela en el primer rellano correspondiente al primer piso.

—Quiero quedarme—respondió Benjamín obstinadamente—y me quedaré hasta la hora en que viene el lechero.

La bruja no insistió y continuó subiendo las escaleras con agilidad hasta el segundo piso, seguida de Trottle que abría los ojos y las orejas.

No había visto aún nada extraordinario ni en el comedor ni en la escalera. Tan solo había podido observar que la casa estaba mal cuidada y que se respiraba allí un aire confinado; esto no tenía nada de fantástico. Lo que aguzaba más su curiosidad, era aquel ruido sordo que á cada paso se oía

más distintamente, aunque no fuera todavía muy intenso, á medida que Trottle avanzaba en pos de su guía.

En el segundo rellano solo observó telarañas que colgaban de todas partes y pedazos de yeso caídos del techo.

La madre de Benjamín no parecía fatigada, y se mostraba dispuesta á subir hasta el fin de la escalera.

El ruido aumentaba á medida que subían, pero Trottle no adquiría una noción de su causa más exacta de la que tuvo abajo, en el comedor.

Llegado al tercer piso, vió dos puertas delante de él: una cerrada, llevaba á la bohardilla que daba á la calle; la otra, abierta, conducía á otros desvanes que miraban á la parte posterior de la casa. Había también un desván por encima de estas habitaciones; pero teniendo en cuenta las innumerables telarañas que cubrían parecía evidente que la puerta no había sido abierta desde largo tiempo.

El ruido procedía sin duda de uno de los lados del desván que daban á la parte trasera de la casa. Con gran satisfacción por parte de Trottle fué esta puerta la que empujó la vieja y la que se abrió delante de él.

El criado se apresuró á seguir á la madre de Benjamín por aquel antro

oscuro donde le esperaba el más singular espectáculo.

La bohardilla en que penetró estaba completamente desamueblada.

Indudablemente aquella estancia había sido ocupada en otro tiempo por alguien á quien su profesión exigía una gran claridad, pues una de las dos ventanas de aquella vasta sala situada en la parte trasera de la casa, era tres veces mayor que las ventanas ordinarias de habitaciones parecidas.

Frente á la puerta, arrodillada en el suelo, desnudo el rostro, vuelta en dirección al umbral, Trottle vió á una criatura raquítica, abandonada, al único ser que jamás hubiera creído encontrar en semejante paraje. Por su estatura, por sus vestidos, se adivinaba que á lo más tendría cinco años.

Cruzado sobre el pecho llevaba el desdichado un marchito pañuelo azul, atado á la espalda. Unos harapos que parecían restos de unas enaguas de franela salían por debajo del pañuelo, mientras los pies sin zapatos y las piernas bailaban, por decirlo así, dentro de unas medias viejas y negras, roídas y despedazadas. Unos mitones sucios que le subían hasta los codos dejando ver sus brazos enrojecidos por el frío y un gorro de algodón demasiado grande

para su cabeza hasta el punto de caerle sobre los ojos, completaban la indumentaria del miserable niño, indumentaria que aquel aborto parecía no poder llenar con su persona y que le embarazaba hasta el punto de impedirle el movimiento.

Algo había sin embargo más curioso todavía que los vestidos que cubrían al niño. Esta rareza era el trabajo en que estaba ocupado, trabajo que explicaba el ruido sordo que se oía desde abajo á través de la puerta entreabierta, único rumor que turbaba la calma de la casa abandonada.

Dijimos ya que el niño estaba arrodillado en el suelo en el momento en que Trottle le descubrió. No rezaba sus oraciones ni estaba espantado de encontrarse solo en la obscuridad. Por extraño que parezca, el pobre ser desconocido no hacía más que entregarse á una tarea propia de sirvientas: lavaba el pavimento con un cepillo.

Sus manecitas flacas y amarillentas asían por los bordes un viejo cepillo desprovisto casi de pelo, con cuyo auxilio frotaba de derecha á izquierda y de izquierda á derecha con la misma gravedad y atención que si hubiera ejercido este oficio durante largos años, y como si con el producto de su trabajo

hubiese tenido que alimentar una numerosa familia.

La llegada de Trottlet y de la vieja bruja no pareció extrañarle ni decidirle á interrumpir su tarea. Se contentó con levantar los ojos con dirección á la luz, abrirlos como dos portales y lanzar una mirada brillante como fuego vivo; después siguió frotando como si nada hubiese pasado.

A su lado había un cubo de metal sin asa ninguna y el niño tenía en una mano un trapo de algodón de color de ladrillo del que se servía para enjugar el entarimado.

Después de haber frotado con el cepillo, con una especie de fiebre extraña, durante uno ó dos minutos, cogió el niño el harapo de algodón y lo retorció para exprimir el agua que contenía y dejarla caer en el cubo que tenía á su lado. Realizó esta acción con la misma gravedad de un magistrado sentado en la silla del tribunal.

Apenas creyó haber enjugado suficientemente el suelo, se enderezó sobre sus rodillas y respiró fuertemente. Luego estiró los brazos y dirigió á Trottlet un amistoso signo de cabeza.

—Aquí—dijo el niño guiñando los ojitos—no hay suciedad. Todo lo he limpiado. ¿No me dáis mi vaso de cerveza?

La madre de Benjamín se puso á to-

ser con tal fuerza que Trottle imaginó que iba á ahogarse.

—¡Dios nos asista!—exclamó ella—no haga usted caso de este tunante. ¿Cree usted que no tiene más que cinco años? No se olvide usted de decir al buen Mr. Forley que le ha encontrado en perfecto estado de salud, jugando á limpiar el pavimento y pidiendo después un trago. En esta tarea se ocupa por capricho toda la mañana y toda la tarde sin mostrar nunca la menor fatiga. Mire usted que bien le hemos vestido. Mire usted mi pañuelo con el cual le cubro para abrigar su cuerpecito. Benjamín le ha dado también su gorro de dormir para que no padezca frío su pobre cabecita, y le he estirado las medias por encima de los pantalones para que sus piernas no se enfríen. ¡Oh! puede usted estar seguro de que está más sano y contento que cualquier otro niño. Ea, pillín: pregunta otra vez: ¿No me dáis mi vaso de cerveza?

Si Trottle hubiese podido ver al niño á la luz de una buena lámpara, cerca de un buen fuego, vestido como los niños de su edad, jugando alegremente con un trompo, ó alineando soldados de plomo ó haciendo saltar una pelota, hubiera experimentado á su vista tanta satisfacción como la propia madre de Benjamín.

Pero al ver á este ser tan raquítico y tan flaco que daba miedo, reducido, como pudo Trottle adivinar, á una absoluta carencia de juguetes, falto de la compañía de los niños de su edad y obligado á entretenerse en los quehaceres de una mujer de servicio, ó mejor dicho á imaginar que se divertía fregando el suelo, sintió, con no ser padre de familia, que una tristeza indecible le ensombrecía el corazón, pues en su vida se había presentado ante sus ojos un espectáculo más lastimoso y conmovedor.

—¡Demonio! me parece, amiguito—dijo—que vales más que todos los hijos de la vieja Inglaterra. Dime, ¿no tienes un poco de miedo al quedarte solo en la obscuridad?

—¿No es verdad que la araña ve en la obscuridad?—respondió la pobre criatura, señalando con el dedo uno de los rincones de la bohardilla.—Pues yo soy como la araña y veo en la noche.

Luego se calló, se levantó y miró cara á cara, con aire resuelto, á la madre de Benjamín.

—Soy valiente ¿no es verdad? y conmigo puede ahorrarse la vela.

Trottle caviló terriblemente para adivinar en que otra tarea podía ocuparse en la obscuridad aquella criatura abandonada, y se atrevió á preguntar si el

niño salía alguna vez al aire libre para respirar un poco y hacer ejercicio.

—Ya lo creo—respondió la vieja—el niño sale de vez en cuando á la calle; además de sus correrías de arriba á abajo de la casa. Ya lo creo—prosiguió—el niño se pasea por orden del buen Mr. Forley; yo cumplo la orden escrupulosamente. Declaro á usted, amigo de este digno señor, declaro á usted que cumplo exactamente las instrucciones que me dan.

Trottle tenía deseos de responder que este buen Mr. Forley no era en su opinión sino un simple canalla, pero comprendió que hablando de tal suerte habría de renunciar á todo nuevo descubrimiento. Juzgó pues oportuno no decir nada y, mordiéndose la lengua, examinó con atención al pobre niño (quien se había encaminado hacia la ventana) porque quería ver en qué iba á ocuparse.

La infortunada criatura había recogido su cepillo y su trapo harapiiento; lo colocó todo en el cubo de hierro y se dirigió, tan aprisa como sus vestidos demasiado anchos le permitieron, hacia una puerta de comunicación que daba al desván de delante, llevando en sus manos los enseres de su oficio.

—Bueno—dijo el niño de repente, mirando por encima del hombro—¿por qué

se queda usted aquí? Voy á acostarme; le digo que voy á meterme en la cama.

Y dichas estas palabras, el niño abrió la puerta y entró en el cuarto vecino.

En este momento la vieja bruja, que había notado que Trottle avanzaba en aquella dirección le miró con ojos estupefactos.

—¡Cielo santo!—exclamó—todavía no le ha mirado usted bastante?

—No—replicó Trottle,—me gustaría ver como se acuesta.

La madre de Benjamín se puso á reir con tal fuerza que las despabiladeras del candelero, que estaban en el plato de cobre, se pusieron á danzar y produjeron el sonido de una campanilla cascada.

¿Quién hubiera supuesto jamás que el amigo de Mr. Forley se tomara por el niño más interés que Mr. Forley mismo? Desde que vino al mundo, en su vida había visto aquella mujer caso semejante. Así pues, rogó á Trottle que la dispensara si reía tan desaforadamente.

Trottle la dejó reventar de risa por tanto espacio como quiso, y dijo para sí que, según lo que había presenciado, Mr. Forley no debía de mostrar hacia este pobre niño tan buenos sentimientos como se le suponían.

En tanto, había entrado en el desván delantero, seguido por la madre de

Benjamín, que no dejaba de reir ruidosamente.

El mobiliario del nuevo cuarto se componía solamente de uno de esos pies de madera sobre los cuales se colocan los toneles de cerveza y del armazón de una cama con ruedas, de postes mal unidos. Encima de este armazón de cama había un montón de sacos viejos que servían de colchón, un edredón viejo y destrozado por cuyos agujeros salían borbotones de pluma y que estaba doblado cuatro veces para que sirviera de almohada; una colcha, formada por harapos mugrientos y un cobertor asqueroso y en la parte inferior dos asientos de silla de crin puestos de lado, en vez de *sommier*; tal era la cuna del niño.

En el momento en que Trottle entró en la habitación, el infortunado niño se había encaramado á aquellos maderos con pretensiones de cama valiéndose del pie de madera, y sosteniéndose arrodillado sobre el montón de sacos, levantó el cobertor, como si quisiera meterse dentro.

—Ea, yo te arreglaré la cama, amigo—dijo Trottle;—acuéstate, yo me encargo de abrigarte.

—Me abrigaré yo mismo—replicó la pobre criatura—no quiero de ninguna manera que me ayuden. Mire usted, voy

á meterme en la cama, Sí, voy á hacerlo como se lo digo.

Y al pronunciar estas palabras el infeliz niño puso á lo largo de las dos almohadas los harapos de que se servía para preservarse del frío, manteniéndolos en alto, de suerte que pudiera meter los pies debajo.

Ya de rodillas en la cama, miró á Trottle con aire altivo, como diciéndole: «¿Cree usted necesario ayudar á un niño tan listo como yo?»

Luego, deshaciéndose el pafuelo que llevaba atado al rededor de su cuerpo, lo dobló y lo puso á los pies de la cama, diciendo:

—Vea usted eso.

Después de lo cual se deslizó bajo la colcha y el cobertor por la parte inferior, introduciendo primero la cabeza, calentando así el lecho á medida que se iba metiendo en él, hasta que al fin Trottle vió emerger junto á la almohada el gorro de dormir.

Aquel gorro que en toda ocasión resultaba enorme para la cabeza del niño se le había corrido de tal manera durante la operación subterránea llevada á cabo bajo la colcha, que cuando el niño reapareció á la altura de la almohada, el gorro le había bajado hasta la boca.

Con un sencillo gesto el niño dobló

gravemente los bordes del gorro hasta un lugar conveniente, sobre los ojos, y al advertir la curiosidad con que Trottle le miraba, añadió:

—Estoy perfectamente; vamos, adiós.

Luego metiendo su pobre rostro escuálido entre los harapos de su cama, no dejó ver más que la punta de su gorro de algodón que se mantenía tieso en medio de aquel desordenado montón de trapos.

—¿Parece un corderillo, no es verdad? —observó la madre de Benjamín dando un ligero codazo á Trottle. —Vamos, ya no volverá usted á ver su cara esta noche.

—¡Oh! puede usted estar seguro de eso —dijo en voz baja una voz débil que salía del interior de las sábanas, como para responder á las palabras de aquella mujer.

Si Trottle en el momento en que ocurrían estos hechos no hubiese albergado la firme resolución de descubrir todo el misterio que el azar planteaba en su presencia, de llegar, cualesquiera que fuesen las circunstancias, hasta el fin de sus investigaciones, se hubiera precipitado sin esperar por más tiempo sobre el niño y le hubiera cogido entre sus brazos para llevárselo, envuelto en sus harapos, fuera de aquel desván repugnante que le servía de cárcel.

Tuvo por fortuna el acierto de contentarse, con la esperanza de llevar adelante sus propósitos y resolver el asunto antes del día siguiente. Así es que permitió á la madre de Benjamín que le acompañara de nuevo hasta el pie de la escalera.

—Ojo con la baranda—dijo la bruja, viendo que Trottle se apoyaba en aquellos pedazos de madera oscilantes. Está podrida como los nísperos en un cobertizo de paja.

—Pero si viene alguien á visitar la casa—observó Trottle, que quería arrancar alguna nueva confesión del terrible secreto—no creo que le lleve usted por estos escondrijos.

—¿Qué está diciendo?—exclamó ella—¡pero si nunca viene nadie! Los que desearían visitar la casa mudan de parecer en cuanto han reparado con alguna detención el aspecto desvencijado del exterior. Levantan los hombros y desaparecen. Debo confesar, sin embargo, que al principio me sentía muy apurada al tener que despachar á todos estos curiosos unos después de otros limitándome á indicarles el alquiler imposible que pide el propietario. Las mujeres sobre todo ponían el grito en el cielo: «—¿120 libras al año?»—exclamaban—¿120 libras? pero, ¡Dios mío! si no se encuentra una casa en la calle

que valga más allá de ochenta libras. —Es verdad, señora—respondía yo.— Los otros propietarios tienen perfecto derecho á rebajar el precio del alquiler si así les parece; pero mi amo no se contenta con menos de 120 libras; tal es el precio que hacía pagar su padre, y él quiere continuar cobrando el mismo alquiler.—Pero los alquileres han bajado desde la época á que usted se refiere.— Perfectamente, pero son 120 libras al año, señora.—El propietario debe de estar loco.—No lo sé, pero son 120 libras al año, señora.—Abra usted la puerta, impertinente.» Dios mío saltaba de alegría sólo por ver á esta gente salir furiosa á la calle, repitiendo durante un buen rato el precio absoluto del alquiler de nuestra casa.

Mientras hablaba así, la vieja había llegado al rellano del segundo piso.

Se paró para reír á su modo, lo que dió tiempo á Trottle para recapitular todo lo que había oído y visto hasta aquel momento.

—Tengo ya dos puntos perfectamente aclarados—se dijo en su interior;—la casa continúa desalquilada por un motivo secreto y esto se logra pidiendo por el alquiler un precio exagerado.

—¡Dios del cielo!—dijo entonces la madre de Benjamín, quien cambió de repente de conversación y volvió de una

manera descarada á sus demandas de dinero ya insinuadas en el comedor —nadie podría enumerar lo que hemos llevado á cabo en favor del bueno de Mr. Forley. El asunto que nos concierne á usted y á mí debería de ser de mucha importancia en consideración á la gran molestia que me he tomado con Benjamín para tener contenta durante todo el día á aquel pillín. ¡Ah! Mr. Forley tendría que acordarse más á menudo de todo lo que nos debe, á mi hijo y á mí.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Trottle, que cogió al vuelo la pelota y comprendió que había dado con un medio de escaparse de sus manos sin gastar un céntimo.

—¿Qué diría usted, buena mujer, si le dijese que el bueno de Mr. Forley no ha pensado ni un momento en ocuparse del asunto que le interesa á usted? ¡Ah! ¿experimentaría usted un gran desengaño, no es verdad, si le declarase, lo cual es cierto, que vengo sin dinero?

Al oír estas palabras, la vieja abrió la boca de una manera descomunal y sus ojos brillaron terriblemente como presa del más grande estupor.

—¿Qué diría usted, además—añadió Trottle—si la enterara á usted de que mister Forley espera la relación que le haré, y me enviará de nuevo el lunes próximo, al anochecer, con una

misión que será de interés para usted y para mí, misión importantísima, mucho más importante de lo que usted pueda suponer? Ea, ¿no adivina usted?

Al oír estas palabras, cuyo sentido era fácil de comprender, la vieja gruñona se acercó á Trottle de tal manera que le obligó á retroceder hasta una de las esquinas del rellano, y puso su rostro tan cerca del de Trottle que, por decirlo así, la mejilla de la vieja tocaba á la suya.

—¿Es verdad? ¿Cree usted que puede hacerlo?—murmuró, poniendo los dedos descarnados, el pulgar retorcido delante de la boca para impedir que la voz se le escapara más allá.

—¿No cree usted que dos personas valen más que una sola?—continuó él rechazándola y tomando impulso para bajar las escaleras de cuatro en cuatro.

Trottle no quiso luego recordar las palabras que había pronunciado la miserable mujer, pero le turbó el espíritu oír á aquella miserable nombrar familiarmente á los santos, á los ángeles y á Dios mismo, blasfemar, en una palabra, y hacer llover sobre su cabeza infinitas bendiciones que le hicieron erizar los cabellos de horror.

Se lanzó escaleras abajo, con toda la rapidez posible, hasta el momento en que se vió forzado á pararse de repente

en el último escalón, en el cual estaba tendido Benjamín cuan largo era, entregado á un sueño que por cierto se parecía «más al de los borrachos que al de los justos».

En el mismo instante, Trottle se acordó del extraordinario parecido que antes notó entre Benjamín y cierta cara vista en alguna parte, hacía tiempo, en circunstancias que ya no recordaba.

Por consiguiente, quiso, antes de abandonar la casa, mirar una vez mas aquel rostro avinado y embrutecido, y para ello, sacudió violentamente á aquel bribón, y le levantó, sosteniéndole de pie contra la pared, antes de que su madre pudiera oponerse á esta acción.

—Deje usted—dijo á la bruja;—voy á sacudirle.

Y hablando de esta suerte, miró de hito en hito los ojos de Benjamín.

El terror, la sorpresa de que le despertaran de una manera tan brusca produjeron en aquel pobre infeliz el efecto de una dosis de amoníaco; pero ello duró unos pocos instantes.

Así que abrió los ojos, ochó una mirada á Trottle que despertó en éste los recuerdos con la misma rapidez que la luz de un relámpago. Pero aquel rostro envilecido, recobró al instante su expresión de inercia. Borróse en la

memoria de Trottle toda traza de los recuerdos apenas evocados.

Sea como fuere, Trottle se contentó con lo visto y no pensó en intentar de nuevo el experimento.

—El lunes próximo, al anochecer— dijo corriendo en seco la charla de la vieja que volvía aún al eterno tema de la enfermedad de su caro Benjamin.—No puedo perder tiempo; debo marcharme en seguida. Tenga usted la bondad de abrirme la puerta.

Trottle tuvo que oír aún una bendición, salida de los labios de aquella horrible mujer, quien le recomendó, además, que no la olvidara en sus charlas con el excelente Mr. Forley, é hizo constar que le esperaba el lunes á la hora indicada.

Por fin, aclarados estos puntos, le abrió la puerta de la calle.

No hay que decir que Trottle sintió un bienestar, indecible al encontrarse fuera de la «casa por alquilar.»



## CAPÍTULO VI

POR FIN LA CASA SE ALQUILA



eso es todo, señora,—dijo Trottle doblando el manuscrito que acababa de leer á su ama y dejándolo

sobre la mesa, mientras una sonrisa de triunfo aparecía en sus labios.—¿Me permitirá usted preguntarle su opinión sobre este asunto; me permitirá usted, señora, preguntarle si usted, señora,—no me ocupo de Mr. Jarber—cree que estoy en visperas de descubrir el misterio de la casa vecina?

Guardé silencio durante uno ó dos minutos.

Recobré el uso de la palabra, para preguntar á mi sirviente qué había sido del pobre niño secuestrado.

—Hoy es lunes, 20 de mes, le dije;—quero suponer que usted no ha dejado